

## En todos los colores de un alba entre los ojos

Patrocinio Gil Sánchez

*Sirvan estas líneas como homenaje a todos aquellos que un día tuvieron que abandonar su tierra para cambiar de vida.*

Debían de ser las 5:38 de aquella madrugada de un otoño desplazado a la izquierda y la brisa jugaba, débil y agradecida, sobre todas las copas de las viejas acacias llenas de gorriones en sus ramas tan verdes que allí no se atrevieron a despertar un trino, tampoco los cantos de los gallos sobre la última tapia, columpiando espolones y crestas altaneras, el búho sobre la higuera como ilustre notario, las flores aún dormidas de todos los parterres, de todas las macetas, de todos los rosales, y aquellas color malva del viejo cementerio donde la costanilla, y la cara de sueño de mi hermanilla Puri, que buscaba un refugio para seguir durmiendo, ajena a los trajines de dejar una tierra para vivir en otra.

Corría, por correr algo, porque ya ni la galga ni el gato tan esquivo, se movieron del sitio, un 16 de octubre de aquel año en desgracia que era el 65. Aún no había amanecido pero el cielo brumoso que escondía las estrellas y borró de un plumazo ésa que apunta al norte, salpicaba el paisaje que atenazaba dientes en pura tiritera. Domitila, mi madre, descorrió las cortinas de sus ojos heridos por el llanto y se alojó en las mangas de una camisa a cuadros que se ponía mi padre en su voz que era muda y en su afán por sacarnos de todas las raíces, de todos los recuerdos rompiéndonos el alma a ella y a mí; en lavarle la cara a Marce que, contento como unas castañuelas, llevaba ya vestido algo más de una hora y soñando despierto con ese nuevo pueblo donde seguir jugando a indios y vaqueros, descubrir en sus calles cómo correr el aro y

hacer nuevos amigos para andar por ahí, subiéndose a los árboles y robarle los nidos a los pájaros.

Recuerdo que la lumbre aún no estaba apagada y en la vieja sartén se freían seis torreznos y cinco longanizas. Que la casa gemía por entre las ventanas y las gruesas paredes enhebraban recuerdos en sus blancos adobes. Que el corral suspiraba en brocales del pozo, y el rosal desteñía un par de rosas tristes que dormían despedidas. Que olía a pan reciente y a manteca de cerdo, a chicharrones, a moqueros con mocos y a colonia barata, a algo así como a frío y a sandalias inertes. Todo era como ayer pero no era lo mismo, porque un largo sendero de casi una hora larga nos llevaría a ese tren donde estaban las vías del final de trayecto y ese trabajo otro que soñaba mi padre nos sacaría de pobres.

Luego, con dos maletas de cartón sujetadas con cuerdas y un fardel con hogaza, longaniza y torreznos, amén de unas naranjas y unos bollos de azúcar que nos dio la vecina, salimos de la casa que mi padre cerrara a calicanto y le dejó la llave al señor Valeriano, y nos dieron abrazos los hombres muy callados y las mujeres sonándose las lágrimas con aquellos mandiles que servían para todo, a la par que buscaba los ojos de Teresa que en un rincón del alba lloraba repitiendo el adiós con sus manos de almizcle y sus ojos de menta, agitando un pañuelo de florecillas rojas, y en sus labios partidos de parva y sementera jugaba un dulce beso que no encontró destino, porque la bruma se rompió en ese sol redondo y ciego de las 7 de un alba como una gran sandía, y los cinco, despacio y sin ternura y en pura tiritera, como si nos dolieran los pies y las rodillas o el cielo nos pesara como una losa tonta cargado a las espaldas, llegamos a la Raya donde el apeadero se escondía entre serbales, enebros y negrillos y el tren venía pitando bajo los terraplenes y el humo se metía por entre las encinas como una lagartija de 16 vagones, colándose sumiso entre los ojos al subir con el cuerpo pero dejando el alma que desanduvo pasos y se quedó en las huellas de un sendero de polvo que se ahogaba en la brisa para volver al pueblo y a la casa vacía.

Dejé de contar pueblos cuando mi padre nos recorría a los cuatro con los ojos y nos partió un pedazo de pan con un torrezno. Mi madre suspiraba moviendo la cabeza y pegando a sus labios una fotografía de

la abuela Dolores que abrazaba a su madre a la vez que mesaba los cabellos de Puri, que sobre los cristales de aquella ventanilla de un tren que renqueaba por la vieja Castilla con los surcos abiertos para la sementera, echaba el vaho y pintaba, con sus dedos de niña, una linda muñeca con trenzas y ojos grandes y luego la borraba para dibujar flores, mientras mi hermano Marce entretenía las horas yendo y viniendo por el largo pasillo para huir de mi madre y preguntar si Llodio<sup>1</sup> aún estaba muy lejos. Yo no sabía qué hacer y echaba mano de mirar a mi madre, y el reflejo del sol sobre las aguas de una laguna chica que encontramos al paso en unos labrantíos, también se reflejó en sus ojos de almendra y en su cara aún hermosa, y me pareció ver entre sus labios una leve sonrisa.

Hacia el exilio, lo urgente era encontrar una fe para enfrentarse a lo desconocido, porque la verdad era que de abandonar una casa, un pueblo, una infancia y un amor de juguete no se sale indemne. Por eso todo crecía en querer creer que la naturaleza está bien organizada, que en esa otra tierra, en ese otro pueblo todo sería mejor. Eso esperábamos...

Nos separaban 12 horas desde que al alba salimos de Rivilla, pero parecían 25 siglos, porque en aquella extraordinaria visión la sibilina pobreza se aletargaba y el tímido dinero sólo quería repartirse con más justicia, porque el norte y ese pueblo de Llodio, estaban cerca y la tarde, vencida y caprichosa, lo echaba en las retinas y a mis hermanos les agarraba el frenesí de lo, por desconocido, no menos estupendo. Y no sé..., creo que esa tarde fue mi primera tarde de mayor.

El tren entró en andenes y rechinó las ruedas con ansias de descanso. Seguimos a mi padre que se quitó el sudor con la mano derecha y se echó las maletas a la espalda. Olía a hierba segada y a lluvia de confites, a obrador y a esas pastas de manteca y anises que solía hacer la abuela. Sobre las altas torres anidaban cigüeñas con su parpar altivo, y en medio de la plaza un quiosco grande, grande, lucía su popa al viento

<sup>1</sup> Localidad muy próxima a Bilbao, conocida en euskera como Laudio, que es un importante polo industrial de la provincia de Álava. Es la segunda ciudad de esta provincia en población después de la capital, Vitoria (N.E.).

de las seis de la tarde como una sinfonía y un edificio en piedra con un santo en lo alto bendecía nuestros ojos. Sé que sonó del txistu<sup>2</sup> una canción hermosa y en las alas del aire alguien pintó un zortziko<sup>3</sup> en sus calles estrechas con pimientos muy rojos colgando en los balcones, y el sol, juego y caricia sobre nuestros destinos, enhebraba lisuras por sobre el Tologorri y los picos del Fraile. Que Rosario y Juana nos abrieron sonrisas y a mi madre le dieron sopa para la cena y que contáramos, que su casa era también la nuestra; que el señor Severino, que trabajaba en Renfe y apretaba su mano en cálido saludo y bienvenida, le comentó a mi padre, los fines de semana pasaría a recogerle para ir hasta el bar Las Cubas o el Llarena a echar un par de vasos y jugar la partida.

El corazón se nos salía por la boca, y la añoranza por lo dejado atrás en Rivilla fluía a borbotones como el agua por los caños de la fuente de este pueblo del norte, solapándose entre los trinos de los pájaros y la esperanza de vivir, y la luz se repetía y el verde era esa infancia que no quedó perdida, desplegando sonrisas y trocitos de cielo, porque era con tres años una niña morena con ojitos de noche que jugaba al columpio y saltaba a la comba entre los brazos de su madre abarcándolo todo en un júbilo frágil y un toque de ternura que nos sorprendió a todos.

Y nosotros, los cinco, sin olvidar el pueblo que nos viera nacer, fuimos formando parte de este pueblo industrial, pero a la vez hermoso, al amor de la lluvia que caía a todas horas y el trajín de esa carretera general que venía de Bilbao y lo cruzaba entero. Porque el hecho es que la vida allí fue amable con nosotros, porque nosotros, como niños, lo esperábamos todo de ese pueblo que se abría al valle, lo esperábamos de sus calles estrechas, de sus gentes amables, de su clima y paisaje tan verde, de esa gasolinera, la primera que veíamos, con su manivela y manguera, de esa música que sonaba los domingos sobre el quiosco de la plaza que a mí me parecía de violines, ¡qué digo!, como las trompetas

<sup>2</sup> Flauta tradicional vasca. (N.E.).

<sup>3</sup> Ritmo de la canción y del baile popular en el País Vasco, de ocho compases –de ahí su nombre derivado de *zortzi*, “ocho” en euskera- que generalmente, se toca con el txistu y el tamboril. (N.E.).

de Jericó; de ese olor de la almendra pelada tostándose en las sartenes del obrador de la pastelería. Y no sé, al amanecer del día siguiente, domingo, después de haber pasado la primera noche en aquel 4º piso de la calle Tres Cruces, donde degustamos con avidez la tortilla de patatas que, como sorpresa sacó nuestra madre de la fiambra, parecía que hubiera más cosas permitidas.

Y en los grumos del puré de verduras de la comida de ese primer domingo diáfano, se nos pasó la posibilidad de no creer en Dios y hasta nuestra madre, la pobre, se apresuraba en esos primeros días en recoger los trozos que quedaron esparcidos en el camino, para que a la familia nada se le fuera de las manos. Y, poco a poco, fuimos conociendo la escuela y sus niños, haciendo amigos y multiplicando posibilidades de entusiasmo, y la infancia que yo creía perdida volvió a ser la que no puede ser dicha de otra manera, la que necesita ser jugada despacio y en voz alta por lo menos dos veces: en el río con Tinín, en la plaza con Sabino, en el barrio, saltando a la comba con Inmaculada y Begoña, en los sabores y olores como el tacto de un puñado de higos en la mano, en un beso robado bajo la sombra de un avellano, en los gestos, los deseos, las conversaciones de mi madre con la señora Carmen mientras hacían jerseys y hablaban de sus cosas, de esa niña pequeña tan revoltosa y juguetona que era el ojito derecho de su padre, de personas corrientes camino del trabajo, las sonrisas de las madres con sus hijos en brazos, la bulla de los chiquiteros de bar en bar cada atardecer, en la maravillosa flor de la escarcha que traían los granos de la luz cuando se formaba el bollo en las laderas de la ermita de Santa Lucía circundando la aurora, en la modestia de lo cotidiano y en esa primera vez que nuestro padre nos llevó a Santurce a ver el mar.

Rivilla estaba lejos pero a la vez muy cerca, y en los sueños, me encontraba dando un paseo por las orillas del Zapardiel, con el pueblo sobre las cuevas y los ojos de Teresa mirándose en los míos...